

# Páginas rescatadas

A cargo de Jorge Domingo Cuadriello

## Raíces del absentismo

Por JORGE MAÑACH

Las causas del absentismo juvenil frente a las sollicitaciones de la cosa pública son menos evidentes de lo que a primera vista parece. Es muy fácil y muy simple limitarse a decir que la nueva generación carece de sentido cívico, cuando se la compara con las que intervinieron en momentos anteriores de nuestra historia. Convendría averiguar si lo que acontece no es más bien que a la generación actual se le hace particularmente difícil ejercitar el sentido cívico de que dispone. Claro que el servicio de la patria, en sus trances extremos, ha sido siempre espinoso; pero en ocasiones la espina llega a los mismos centros de la vitalidad, imposibilitando toda acción.

Hay una trinidad de causas hondas de inhibición: la crisis de la economía, la de la cultura y la de la ilusión. De esta última, me he ocupado recientemente en las páginas de «1929», adonde remito al lector interesado, porque se trata de cuitas poco susceptibles de ventilación periodística.

La crisis de la economía nacional es cosa bien distinta y de bastante más cuenta que la tan plañida crisis económica. Esta no representa sino un episodio, tal vez un clímax, en el fracaso de todo un sistema de procedimien-

tos y de abstenciones colectivas en el orden económico. La base de la economía, en un pueblo como el nuestro, es la tierra. Y es hartos sabido que nuestra actitud hacia ese tesoro natural ha conocido todos los grados y matices de la indiferencia: la desatención total (el consentimiento del yermo y el de la tala arrasadora), la semiexplotación, desvalida de auxilios agrícolas complementarios (transportes, sistemas de regadío, métodos intensivos, etc.), la explotación depredatoria y, finalmente, la enajenación.

Las fuentes secundarias de nuestra economía, el comercio y la industria señaladamente, han sido desdeñadas o temidas por el cubano. Ha faltado la educación psicológica y técnica necesaria para romper con los prejuicios tradicionales que subordinaban en la estima pública el trabajo de base manual, reservaban al elemento español la exclusiva del comercio, y hacían pensar en la industria como en algo sobremanera aleatorio y fatalmente exótico. Y esa pusilanimidad económica, encanijadora de iniciativas, se ha agravado entre nosotros con la temprana traición de los dos principales agentes de impulsión capitalista: el crédito bancario y la compañía anónima.

Abandonada así la tierra a su suerte o al *laissez faire* de la desmedida expansión azucarera, esquivadas o inaccesibles las otras fuentes económicas directas, al cubano solo le quedaron dos zonas de explotación a cual más reducida y precaria: las profesiones y la burocracia. El asalto ha sido numeroso, imponiendo a esas zonas, naturalmente limitadas, una monstruosa extensión artificial. Ya se sabe que tenemos muchos más profesionales -abogados y médicos sobre todo- de los que necesitamos. Como el recurso a los empleos particulares tiene un límite más evidente e inmediato en la saturación de la oferta privada, la «empleomanía» se desbordó por la línea de la menor resistencia: la de la burocracia oficial, a todas luces excesiva para un Estado de las atenciones del nuestro.

En suma, tenemos esta consecuencia: el cubano, en sus mayores contingentes, vive del azúcar, de una profesión congestionada, o de un asilo no menos repleto, la Administración pública. Los fenómenos de superproducción y competencia en el primer caso, y el hecho común de la congestión en los otros dos, hacen las tres dedicaciones muy inseguras. El cubano es, pues, un ser que vive económicamente en precario.



Sería fácil demostrar, si no resultara casi obvio, que donde hay preocupación económica no puede haber una intensa sensibilidad cultural o cívica. Estas comportan un afán de superación que representa, en cierto modo, un lujo vital, instintivamente pospuesto a la necesidad primaria de existir. Acaso sea cierto que los rebeldes suelen reclutarse copiosamente entre los desesperados. Pero no entre los hombres a media ración o a ración insegura. Los que en tal situación se hallan, antes de rebelarse, antes de arriesgarse, se pliegan, por imperativo fisiológico y muchas veces social, a todo lo que exija el aseguramiento de su pitanza.

El profesional cubano vive demasiado embargado en la caza y atención del cliente para preocuparse -más que de un modo marginal y pasivo, en las jeremiadas de la conversación privada- por las vicisitudes de la cosa pública. El empleado particular no quiere arriesgar en actitudes políticas el beneplácito de empresas generalmente bien avenidas con el Poder, o dependientes de él. Y en cuanto al

pobre empleado público, bastante es que cuide de su «despojo» con una adhesión incondicional, aunque lleve la procesión inconforme por dentro.

Repartida entre estas situaciones, la juventud naturalmente apta y sensitiva se ve constreñida por la inestabilidad económica a mirar lo que pasa con ojos de carnero degollado. Pero no es esta la única razón de su aparente -y en cierto modo real- indiferencia.

La inhibición cívica de todo un pueblo, o de toda una generación, puede deberse: o a falta de una sensibilidad cívica primaria -conciencia elemental de sus derechos y deberes-, o a la falta de aptitud para ejercitar la sensibilidad cívica de que dispone y ejecutar sus dictados.

Esa falta de aptitud puede, a su vez, ser motivada, como ya hemos visto, por una ausencia de garantía económica, que obligue al individuo a elevar al primer rango de su ocupación y de su preocupación la dura necesidad primaria de vivir. Pero aun suponiendo que no se de esta precariedad económica, la aptitud cívica natural también resulta a veces minada por la indecisión, el escepticismo y la frivolidad derivados de un estado insuficiente de cultura. Con esto apunto a la que creo ser otra de las causas permanentes de la deserción cívica de nuestra juventud. Junto a la crisis de la economía y la crisis de la ilusión, la crisis de la cultura.

¿Qué es, pues, lo que le ocurre a la cultura nuestra? Juzguémosla por sus resultados, por su representación media. En general, el cubano

es un ser carente de principios arraigados de cualquier orden, y por consiguiente, de adhesiones fervorosas y de una noción delicada de los valores. Creo haber demostrada esquemáticamente en mi *Indagación del Choteo* que este, como actitud característica de nuestro pueblo, se debe a esa deficiencia del sentido de valoración tanto, por lo menos, como a proclividades y vicios de temperamento.

La capacidad para valorar, para advertir la importancia y trascendencia de las cosas, es logro solo de la cultura. Hay seres que nacen dotados naturalmente de ella, en una forma como instintiva: son los justos natos del tipo de Martí. Pero cuando no se viene al mundo con esta dádiva exquisita de la Naturaleza, sólo la cultura puede llenar ese hueco enorme, que es casi la brecha en que se separa lo humano de lo animal.

Ya se ha dicho mucho, recordando la fecunda distinción de Max Scheler, que cultura no equivale a saber. No es sólo información, cosa añadida o adjetiva, sino forma interior, algo que viene de las raíces del ser. Es, por consiguiente, el resultado tanto de la educación expresa y deliberada que da la enseñanza, como de aquella otra, más difusa, pero no menos penetrante, que proviene del ambiente que se respira, de los ejemplos que se ven, de las conversaciones que se tienen y los libros y periódicos que se leen.

Una y otra forma de educación asumen, entre nosotros, la crudeza y provisionalismo que todos conocemos. Aventuro, por lo que valga, la sospecha de

que en nuestras escuelas, en nuestros colegios y en nuestra Universidad, la enseñanza está limitada escuetamente a impartir nociones e informaciones prácticas, de tipo técnico y objetivo, totalmente desprovistas de sentido social y normativo. Por esto entiendo una negligencia del incremento de «responsabilidad» que aspira, o debe aspirar a comunicar, toda educación. «No puede haber -ha escrito recientemente John Dewey- ningún desarrollo sólido y equilibrado de la mente y del carácter aparte de una asunción de responsabilidad». El modo de fomentar ésta desde la escuela, pudiéramos sugerirlo bastante diciendo que se trata de darle a toda la enseñanza una orientación más interna y de más rico contenido ético. La manera de formar hombres cívicos no estriba en enseñarles Cívica a los niños, ni solamente en espiritarlos con el anecdotario patriótico, sino, sobre todo, en formarles una sensibilidad moral. Hagamos hombres decentes y lo demás se nos dará por añadidura.

Al ambiente le faltan también esas sustancias flotantes de moralidad, claro está. Todo conspira contra ellas, desde las insinuaciones de nuestro clima y de nuestra composición social, hasta las tentaciones de nuestra vida trabajada y desencantada, que busca un refugio en los paraísos de la sensualidad, cuando no en los de peor laya. Para modificar radicalmente esto, había que lograr primero el cambio de los hombres. Pero todos podemos ir ayudando un poco en lo previo de esta tarea, con solo aumentar día

tras día nuestros ejercicios de dignidad y hacer evidente nuestro desprecio hacia las pequeñas cosas y los pequeños hombres que nos encanallan el ambiente.

La falta de este clima propicio es lo que determina en tantos jóvenes cubanos dotados de natural sensibilidad cívica un profundo escepticismo y un asco invencible a los mentideros y encrucijadas de la acción política normal. El resultado es que unos se abstengan de participar en ella, y otros se vean cada día mas impulsados hacia la acción política de otros ideales. Hay que volver por la democracia limpia, si se quiere que la juventud trabaje en el deber patrio.



**Jorge Mañach** (Sagua la Grande, 1898-San Juan de Puerto Rico, 1961). Ensayista, periodista y profesor. Graduado de las universidades de Harvard y de La Habana. Fue uno de los editores de la *Revista de Avance*, miembro del Grupo Minorista y profesor de Historia de la Filosofía en la universidad habanera. También tomó parte activa en la política nacional y llegó a ser Ministro de Estado durante el gobierno de Batista (1940-44) y senador por el Partido ABC. Entre sus obras se encuentran *Indagación del choteo* (1928), *Martí, el Apóstol* (Madrid, 1933), *Historia y estilo* (1944) y *Para una filosofía de la vida y otros ensayos* (1951). Participó en la oposición a las dictaduras de Machado y de Batista y en desacuerdo con la orientación socialista del gobierno cubano se marchó del país en 1960. El presente artículo vio la luz en marzo de 1930 y nosotros lo hemos tomado de la compilación de textos de Mañach *Pasado vigente*. La Habana, Editorial Trópico, 1939, pp. 29-35.